

de conciencia en desequilibrio; espumas que la degeneración formaban y sacudía para hacerlas flotar sin rumbo, ¿cómo hacer de ellas combatientes y apóstoles?

En busca de aquellos combatientes, de aquellos apóstoles, iba la imaginación del poeta, en tanto saltaban a la atmósfera los corchos del Champagne y la embriaguez se apoderaba de los almorzadores; en busca de ellos iba, y sus ojos, atravesando las verdes celosías que el ramaje caprichosamente tejiera, llegaron hasta el río. De éste brotaban nieblas, que el poniente coloreaba de ópalo. Aquellas nieblas ascendían como un encaje hacia el puente bermejo. Por él pasó un tren a toda máquina, coronándose de humo...

III

Bajo palio andaba Encarnación por casa de *la Generala*. La epístola de *la Sombrerera* se la presentaba como un prodigio: «A no ser porque las trapacerías de su hombre la cegaron llevándola camino del tren, no disfrutarían tal regalo los feriantes de la capital leonesa. Era mucha persona. Le haría una gran feria. A espuestas iban a entrarle por la cancela los billetes. Eso sí, que la tratara con toda reverencia, porque tenía alto el orgullo, breves los aguantes y, respectivo a genio, tan arisco, como tenía pronta la resolución y largas las manos.»

Aleccionada por la epístola, trató a su huésped en codueña y no en tributaria. Para ella la mejor habitación de la casa, la mejor presa en las comidas, el primer vaso de café, y, tras el café, la copita de marrasquino. Esto del marrasquino era en *la Generala* prueba rara de aprecio. Quien compartía su botellín

compartía su corazón. No en el comedor, en una sala próxima escanciaban el licor aceitoso las manos sa-pescas de *la Generala*, empedradas con brillantes, esmeraldas, topacios y rubíes. Su apaño, que tiraba la cabecera en el Casino, y Encarnación, eran únicos al disfrute del botellín. Para las otras huéspedes bueno se estaba el aguardiente. ¿Qué entendían de «extrafinos» las recién venidas del campo o las hechas a andar por tascas?

Sólo una, llegada la semana anterior de San Sebastián, se hallaba en condiciones de apreciar las bondades del marrasquino, pero no quería beberlo: «Era un purito dengue. Eso sí, cumplía admirablemente su obligación y ganaba mucho dinero.»

Sólo para la obligación dejaba su gabinete la señorita — así la llamaban en la casa —. Una vez la obligación terminada, despedía honestamente al parroquiano y tornaba a encerrarse, hasta que la voz de *la Generala* la llamaba al salón.

La guipuzcoana, a su decir — probablemente no mentía —, andaba en el oficio por hacerse una dote y casar con un buen muchacho que allá en Vasconia aguardaba su vuelta para unirse a ella santamente ante los altares de Dios. Hecha la unión, pondrían una tiendecita donde hubiera de todo, y vivirían en santa paz y en perfecta honradez. A estar cualquiera de los dos en posibles para establecerse, se hubieran casado a escape, sin meterse ella a oficio tan molesto.

«¿Qué remedio? Eran pobres. Casar sin dinero mala cosa te es — decía la reflexiva guipuzcoana —.

A locos sí ocurre; a formales nunca pasóles mientes. Formales somos yo y el Inasio. A la vez que yo aquí te trabajo, él también se anda por Baracaldo en una mina. Mal oficio es; no sé cuál del mío o de el del Inasio es peor; pero tiempo pasa y fatigas concluyen. A dos años habremos lo que nos hace falta y marchará nuestro negocio, y nadie tendrá que echar en cara cosas. Él y yo sabremos respetar y guardarnos querer. Ni propina le gastaré en diversiones y trapantojos. Tampoco él me gastará séntimo en mujeres y chacolín. Conducta la tenemos, cariño grande es; lo que para él debo guardar, guárdolo. Entero lo tendrá, que ya tú, si eres lista, bien te compones para complacer y no dar faltas al Inasio, que en el pueblo se está esperándote.»

Este era el tipo. En buen examen de conciencia juraría ante un confesor que procedía como honrada mujer, si atenta a su negocio, no dando pretexto de enfado a quien iba a ser su marido. Con su licencia trabajaba. Aparte el trabajo, ni él ni nadie podía tachar sus proceder. La más grave doncella no la ganaba en seriedad y en antipatía a las diversiones mundanas.

Encarnación — que se hacía llamar Estrella — era, por el contrario de la guipuzcoana, la alegría, la bullanga en persona. Siempre con la risa en los labios y el cantar en la boca; siempre con los ojos en calenturiento fulgor. Algo pálida estaba; un hondo frunce vertical se marcaba entre sus dos cejas. La palidez daba mayores atractivos a su rostro moreno; el

frunce de las cejas debía ser en la madrileña habitual, porque ni sus frases ni sus gestos denunciaban disgusto, contrariedad o mal humor. ¿Cómo iba a sentirlos, siendo el regocijo de la casa?

Si llegaba la del descorche de botellas, ni en habilidad para echar desde muy alto el vino, ni en resistencia para defenderse de las traiciones del alcohol admitía rivales. Hasta los varones cedían al competir con ella. Cierta que a hurtadillas, aprovechando los descuidos, envolviendo el vaso con la mano, dejaba caer bajo la mesa dos terceras partes del líquido escanciado en su copa; nadie paraba en ello mientes. Sabía distraer a los hombres con el mirar gachón de sus ojos y con el pícaro atractivo de su habla. Al enardecerse las cabezas de los parroquianos, acrecía en desgarros y envites. Si el cansancio llegaba, ahuyentábalo con sus cantares manolescos, con su baile truhán, con su parla de chulapa barriobajera. Los hombres se la disputaban a golpe de billete. Algunos hubo que quisieron llevársela a vivir con ellos. A tales ofertas encogía Encarnación los hombros, sus negras pupilas relumbraban, llenaba su vaso hasta los bordes y exclamaba haciendo un mohín pícaro: «¡Vivir juntos! ¡Juntos! ¿En marido y mujer, verdad? ¡No sueñe, hombre, no sueñe! Los matrimonios no rezan con esta personiya.»

Así hablaba en público. Si la oferta era de solo a sola, la rechazaba con un «no» tan seco, que el ofendedor no volvía a insistir. «Ella era de tós; vino al mundo pa ser de tós. ¿A qué empeñarse en que fuera

de uno no más?... Bien se estaba en el parral la uva. Que viniesen a picarla los pájaros.» Los pájaros revoloteaban en torno a ella, disputándose, entregándole su voluntad y sus bolsillos; la primera no era aceptada; los segundos pasaban, por mitad, a poder de *la Generala*; la otra mitad duraba poco en manos de la famosa Estrella. En francachelas y regalos para sus compañeras ibanse las ganancias. ¿A qué guardarlas? Mientras el fruto estuviera en sazón no faltarían pájaros golosos. Después... siempre hay un surco libre para que el fruto picoteado se acabe de podrir.

En sus horas de soledad, cuando entraba en su alcoba y arrojaba desdeñosamente el dinero ganado, al cajoncillo de la mesa de noche, quedaba Encarnación inmóvil sobre una butaca con el codo puesto en las rodillas, la barba en el puño y los sombríos ojos en un ángulo de la pared.

Aquellos ojos, que en los primeros minutos de la soledad de su dueña adquirían durezas criminales, iban poco a poco enterneciéndose, entristeciéndose, llenándose de lágrimas. Acababan ellas por rodar hilo a hilo al largo de la cara; descendía el brazo por la falda; desplomábase la cabeza en el pecho; subía desde éste a los labios un tropel de sollozos, y los dedos de Encarnación se engarfiaban contra la piel de sus muñecas, penetrándola hasta hacer brotar sangre.

Al término de uno de estos solitarios martirios irguióse Encarnación, y llegando al gabinete donde estaba *la Generala*, le dijo:

— Arrégleme la cuenta. Me voy en el correo.

— ¿Irte? ¿Por qué?

— Por lo mismo que vine. Porque se me ha puesto en la cabeza. Vaya usted echando números mientras arreglo el baúl.

Salió de la casa entre adioses llorones.

Al recostarse contra el asiento del vagón hundió la cara entre sus manos y murmuró con voz angustiada:

— ¡No podía!... ¡No podía, Jesús de mi alma!... ¡Bien sabes tú que no podía!

IV

Cuando vió *la Avispa* entrársele a Encarnación por la puerta de su domicilio de la calle de Buenavista, saltó como una loca y se agarró a su cuello llenándola de besos la cara.

— ¡Tú! ¡Pero tú!... ¿Es de veras, de verdá, que eres tú? ¡Quién se lo iba a pensar! ¡Ni una carta en tó el tiempo! Pa mí que te habías embarcao pa las Indias de los ingleses. ¡Cualesquiera soñaba con verte por Madríl! Por supuesto—añadió sin permitir interrupciones—, por supuesto, que fui una simple pensando que iba a durar el viaje. ¡Cómo no, serrana de los picos! ¡Miá que durar, dejándote el corazón en esta pijotera tierra!... Al nochecer vuelven los pájaros al nío, y al nío en busca del Tomás vuelves tú! Tomás, en cuanto que te vea esa cara de dolorosa que has traído de León...! Más claro está el lance que el agua

de la fuente del Berro. En cuanto te eche Tomás los ojitos encima, tras los ojos se le van los brazos y la boca y el corazón y torna a las andás, y tornáis a ser felices otra vez, y a comeros a bocaos, y a vivir como antes, tú liando pitillos, él escribiendo esas cosazas que escribe en *El Rebelde*. ¡Lástima de periódico! El chico de mi portera, que es perodista de los que vocean en la Puerta del Sol, dice que *El Rebelde* ha salío Veragua, vamos, que después de comerse el mundo en la primer vara se ha tiraó pa atrás y no hay quien lo coloque en suerte. A chorros se vendió el primer número. Los otros van pa abajo. ¡Mía tú que la gente! ¡Como pega a los de la guita, éstos se han concertao pa estriparle a tu Tomás el cuentol Te azvierto que a mí me gusta la mar, pero que la mar y sus peces, tó lo que escribe tu gachó. ¡Dice cá cosa! ¡En cambio hay otros que escriben en el diario versos!... Chica, yo no soy la Pardo Bazán, pero que no me gustan. Los que no son una guarrá, son talmenté unto de manteca sin sal. Cuando los lees alto, paece que masticas *colcrén*...

—¿Callarás un instante, *Avispa*? Respira, aunque sólo sea respirar; luego puedes seguir.

—¡Es verdá, que no te deajo meter baza! La alegría de verte me ha soltao el frenillo. Habla tú, en tan y mientras hago provisión de saliva. ¡Vienes más delgá, mujer!

— He pasao mucho.

—¿Muchos trabajos?

— Mucha pena.

—¿Pena? ¿Te ha tratao mal *la Generala*? Sería extraño, porque en su clase es pan de flor.

— No es eso. Es otra cosa.

—¿Cuál?

— Yo misma no me lo sé explicar; me iba a ser difícil contártelo de mó y manera que lo entendieses a las claras.

— Entonces guárdalo pa otro día. No estoy con vena de acertijos. Hablemos de lo que está claro; porque lo que sí es como la propia luz, es que vienes en busca de Tomás.

— Sólo con pensarlo te engañas. Salí de Madrid segura de que habíamos terminaó pa siempre; segura vengo de lo mismo, y resuelta a no volver a verle.

— Entonces...

— ¡Entonces!... Volver con él, nunca; ya está dicho. Hay cosas que no tien remedio; ésta es una. Pero si no verle, hablar de él, saber de él, sí lo quiero. ¿Dices que está bueno?, ¿que sus artículos son mucha cosa? ¡Trae, trae el periódico! ¿No tiés por ahí ningún número? Si no lo tiés envía a buscar no uno, tós los que haya en el puesto.

— No hacen falta derroches. En un rinconcito del baúl guardo la colección. La guardaba pa enviártela cuando te dinases de escribir. Si no escribe, pensé, castigá. No le mando *El Rebelde*. ¿Vienes, y vienes a mi casa? Pues se arremató la condena. ¡Ahí te va *El Rebelde*, golosa! Tráгатelo, y ten cuidaíto con las indigestiones.

Encarnación desdobló uno de los números con ner-

viosa impaciencia. Antes que nada buscaron sus ojos la firma de Tomás. Al mirarla, lloró; alzó el periódico hasta la altura de su boca, y sus labios depositaron un beso sobre las letras que componían aquel nombre.

—Es tonto hacer esto, lo sé—murmuró contemplando a su amiga, que procuraba sonreír—. Sólo que no hay remedio. Cuando las cosas son, pues son, y ni Dios las evita. No haciendo lo que he hecho, me hubiera sido imposible empezar a leer.

—Te aviaré una taza de café mientras delectas a tu hombre. Son ocho los artículos. Como no los leerás una vez sola, hay murga pa rato. La entretendremos sorbo a sorbo. El aguardiente se acabó. Voy a escape por él. Bien mirao, pueo tardar un siglo. Con esos papeles delante, no me echarás de menos.

Uno a uno fué Encarnación leyendo, absorbiendo los artículos de Tomás. Leía en alta voz, despacio, reteniendo las frases como si quisiera besarlas, como si fuera Tomás quien en cada frase vivía. El segundo número de *El Rebelde* traía en su primera plana un fotograbado conmemorador del almuerzo que solemnizó la publicación del periódico. La instantánea era admirable. A la cabecera de la mesa, puesto en pie, con una copa de Champagne en la mano, hallábase Tomás en actitud de dar gracias a la concurrencia. Véasele alta la frente, entreabierta la boca, inclinado un poco hacia adelante el cuerpo varonil. Cerca de él andaban los compañeros del cenáculo Nava, Gaso, López Guerrero, Halconero, Puente... Todos frecuentaron la casa de la calle de los Dos Amigos. To-

dos trataron a la joven. Ahora, vueltos hacia ella por exigencias fotográficas, la sonreían con sus caras joviales, llenas de juventud. También reconoció entre los comensales a Pepita Valdenebro, aquella golfa que cierta noche se acercó a saludarla. Otros personajes le eran desconocidos, especialmente las mujeres.

¿Quién sería la muñequilla de chispeantes ojos que se perfilaba para ponerlos en Tomás? Más atentamente que nadie miraba al orador aquella doña huesos. ¿Tendría algo con él? En un raptó celoso estrujó el dibujo con su mano derecha y clavó las uñas de su izquierda en el rostro de la italianita. Igual hiciera de tropezársela en persona y resutar ciertos sus celos. «¡Hacerlo! Aunque fuese verdad, ¿con qué derecho lo iba a hacer? Antes, sí. Quien no tembló ante «la decimera», ¿temblaría ante la esmirriada señoritinga? Antes, sí. Hoy..., no... ¿Qué significaba ella hoy? Nada. Un pingajo, un desperdicio que se barrió para el trapero. Tal vez si se hubiera presentado en el almuerzo, la hubieran hecho despedir por un mozo. ¿Cómo podían tolerar tantas señoras y señores que la huésped de *la Generala* se confundiera y se codeara con ellos?... Fuera un estorbo allí.» «Puede que en todas partes», sollozó Encarnación, haciendo del papel un rebujo y tirándolo contra los ladrillos a tiempo que entraba *la Avispa*.

—Ya está en casa—dijo, sacudiendo al aire la botella—la música que hemos de tocarle al café. En un santiamén lo saco de la lumbre. Lo puse como a ti te gusta, cargao. Ahí tiés la azúcar. No te la ofrezco

de pilón, porque ando mal de cuartos. Antiyer em-
peñé el alfombrao pa pagar la casa. El viejo tomó el
tole; hasta que salga otra proporción habré de aga-
rrarme a los cortecitos de chaleco. Menos mal que
Pancracio es buen sastre. Me basta presentarme en
su tienda pa que me dé trabajo con preferencia a las
antiguas. Ventajas de ser joven y de haber corrió
con él mis juerguecitas. Esta noche me planto frente
al mostraor y me traigo pa el domicilio un par de
chalecos. Es mi sino; de una manera u de otra, cha-
lequeando tendré yo siempre que vivir.

— Por el pronto, y tocante a perras, no te apu-
res — respondió Encarnación —. Lo que gané en casa
de *la Generala* quedóse por allá. El dinero de allí me
quemaba. ¿Qué quieres? Más de un año viví en mu-
jer buena y se me ha hecho muy cuesta arriba vivir
de un otro mó. Así es que en casa de *la Generala*,
lo mismo era coger un billete que hacerlo polvo en
francachelas y en regalos a las infelices que no sa-
bén ganar dos pesetas. ¡Qué desgraciás! Ni pa ese
oficio valen. Sin embargo, aun traigo en la faltrique-
ra veinte duros. Cógelos y gasta de ellos hasta que
se concluyan. A mí, pa mis gastos, con estas pesetas
me sobra.

— ¿Qué piensas hacer luego? Porque veinte duros
dan la espera muy corta.

— Ya lo pensaremos. Antes de arrematarlos, algo
me ocurrirá. Coge el billete, cámbialo y tráete lo que
sea menester pa el aquel de la casa.

— Es que yo...

— Entre tú y yo no hay pan partido. Hoy lo tengo
yo, y se aprovecha. Mañana, Dios dirá.

— Conformes. ¿Por qué no vienes a la compra con-
migo?

— Estoy muy cansá. En lo que vuelves me tum-
baré unas miajas. Quizá que me duerma. El sueño es
ganancia pa mí.

— Mal humor te traes de la antesala de Galicia.

— Anda, mujer, anda; que aun no hay ná dispues-
to. Antes de acostarme dejaré la lumbre en sazón.

Monótonos transcurrieron los días para las dos
mujeres. Encarnación se negaba a salir de casa; *la
Avispa*, parte por acompañarla, parte por dar cum-
plimiento a sus labores chalequeras, hacía lo propio.
Inútilmente quiso penetrar el espíritu de su amiga,
conocer sus proyectos, llevar su mariposesca alegría
a aquella alma, de hora en hora más hosca. No lo
consiguó. Encarnación pasaba tiempo dentro de su
cuarto. Vióla su compañera ir y venir con pasos
lentos de cautivo. Las palideces de su cutis habían
aumentado; la arruga de su frente se hizo más pro-
funda; en sus labios se crispaba un gesto doloroso.
Cuando abandonaba la alcoba, lo hacía automática-
mente. En la mesa, durante las comidas, solía que-
darse con la cuchara en el aire y los ojos inmóviles.
No miraba hacia afuera con ellos; dentro de su ser
los ponía. Bien lo indicaba la inexpressión de su mi-
rada, las medias palabras que movían sus labios. Si
la Avispa la sacaba a gritos de su ensimismamiento,
Encarnación se estremecía y contestaba con fatigosa

voz, como si rendida estuviera, como si su espíritu hubiese necesitado para regresar a la vida externa ascender desde el fondo de algún abismo.

—Acabarás por consumirte y por reventar, como sigas así — solía decirle *la Avispa* —. Echa las penillas al cesto. El remedio, al lao de tu mano y sobre la mesa lo tiés.

—¿Aguardiente?

—Y Cazalla de lo más fino. En la taberna de Rupertto no hacen traición al estómago de las presonas.

—¡Aguardiente! Quizás lleyes razón. Quizás que en él esté el remedio.

—Diciendo esto Encarnación llenaba su copa y se la bebía de un trago.

Cierta noche en que *la Avispa* salió a entregar unos chalecos, dejando sola a Encarnación en casa, la sorprendió, al volver, sentada frente a un vaso mediado de aguardiente. Vió esto al encender luz. A su entrada, hecha sin llamamiento previo, fué algo así como un montón de lucecillas microscópicas que en la atmósfera chispeaban, las que llamaron la atención de *la Avispa*. Desaparecieron a la lumbre de la cerilla. Sólo descubrió el vaso encima de la mesa. Debía estar mezclado con agua el aguardiente; pero a cuenta del matiz opalino que tal mezcla produce, ostentaba el líquido un tono azul oscuro, casi negro, hacia el fondo del vidrio.

—¿Qué aguardiente has echao ahí, mujer? — preguntó *la Avispa* a su amiga—. ¡Vaya un agua que pone! Con puro amíllico está confeccionao.

—¡Bah! Adentro hará su operación.

Con mano firme, de un embite, apuró Encarnación el vaso.

Antes de fregar la vajilla, al recoger el vaso de sobre la mesa del comedor, que estaba completamente a oscuras, volvió a notar *la Avispa* que el fondo del vaso chispeaba.

—¡Vaya un amíllico! — monologó —. Ha dejao en el cristal un rastro de lumbre. ¡Así arde una después y hace las cosas que hace!...

Tomás se acostó con un humor de perros. Preciso fué que su madre le enduzara la furia para que no hiciera un disparate.

Había reñido, en unión de los del cenáculo, con Paquito y con los jovenzuelos que llevaban la basura de su estetismo a las columnas de *El Rebelde*. Así andaba el periódico: sin hallar quien ni regalado lo admitiese. Aquella gentuza asaltó todas las columnas, proclamando desde ellas su estéril y repugnante credo.

Al apostolado del arte por el arte, siguióse el apostolado de la inversión por la inversión. ¡Acabaron las contemplaciones y el codeo con la canalla ruin! Si el periódico moría, que muriera; mejor era llorarlo muerto que padecerlo vivo. Resueltos a dar la campanada, abandonaron *El Rebelde*. El periódico estaba inscrito en el Gobierno a nombre de Paquito; a más Paquito pagaba imprenta, papel, casa, administración... ¿Qué

iban a hacer los del cenáculo? Lo que hicieron: armar una escandalera a Paquito, enredarse a golpe limpio con sus corifeos y con él, no dejar en la Redacción mueble sano y llevarse, en prenda de victoria, las armas que decoraban las paredes. Vendidas fueron y devoradas en una cena fúnebre.

Se imponía la continuación del periódico, con otro título, naturalmente; pero había que seguir peleando, asombrando al universo con un nuevo papel donde se diera escarmiento a los señoritines y se marcaran los «verdaderos rumbos».

Ello estaba dicho y pensado admirablemente. Una sola cosa faltaba para poner en planta el programa: dinero. ¿De dónde sacarlo? En don Elías se pensó. Don Elías, llegado a la reunión de los jóvenes, puso a su esperanza un *requiescat*. Bueno era *El Tábano* con sus articulitos de sorpresa final. ¡Tocante a otros arrestos...! A don Elías se le daba una higa de la humanidad por venir; había explotado la pasada, se divertía en la presente, y paren ustedes de contar. Un periódico de las hechuras de *El Rebelde* suponía gastos «enormes»; así, ENORMES: *El Tábano* era un deporte para el ex farmacéutico, algo así como las buenas mozas; ni con periódicos ni con mozas llegaría a dispendios que pusieran en riesgo su caudal. «Esas cositas no.» Que tomasen los muchachos una de «tres estrellas» y que le hicieran articulitos, versos y dibujos para *El Tábano*. Con tal que artículos, versos y dibujos fueran de gran sorpresa, les permitía arremeter con los «efebos» y cobrar dos duros como unos

consagrados. De ahí a lo de *El Rebelde*, mediaba un abismo. No sería él quien lo franquease.

Perdido en su naufragio aquel asidero, pensaron los jóvenes en Pepita Valdenebro.

Estaba fuera de Madrid. En cuanto *el Susini* salió de la Cárcel Modelo, improvisó Pepita un viaje a uno de sus andaluces cortijos. Al cortijo fué con su pícaro a tomarse el desquite, a vivir en libertad completa por aquellos salvajes montes, bajo el cielo de limpios y cálidos azules, a disfrutar las caricias de su bandido en la serranía ilustrada por los *Tempranillos*, Palomos, Corrientes y Melgares. ¡Cualquiera proponía a la Valdenebro subvencionar el periódico en gestación!

Unido esto a que Luisita, contratada de primera dama por una compañía de cuarto orden, se fué a correr la farándula en unión de un galán joven, muy de su gusto, por esos pueblos de la Guardia civil, era fácil de comprender el mal humor con que llegaría a su casa Tomás. Lo de Luisita le importaba muy poco. La chicuela fué para él pasatiempo. Sólo su amor propio sufría. Ser suplantado por un comiquillo de la legua le crispaba los nervios. ¡Vaya con la Julieta y con la Beatriz, que le juraba amor inmortal en el antepecho y en el gabinete de la callecita de las Rejas!... Quizá a la hora en que él la recordaba, estaría su Beatriz espumando la olla del galancete en cualquier manchego figón. En fin... ¡Si todo fuesen sobresalientes de Julieta...!

Lo malo estaba en lo otro, en la desaparición de

El Rebelde. Era una puerta hacia el futuro que se le cerraba de golpe; porque no valían ensueños: el nuevo periódico no iba a ver la luz más que en la imaginación de los del cenáculo; ¡lo que es en imprentas y en puestos de periódicos!... Cualquiera adelantaba papel, letras y máquinas por la linda cara de Tomás. ¡Si su drama estuviera cerca de ser representado! Pepita, distraída con los amores del rufián, no aportaba por los teatros. Cuando volviera de su excursión finalizaría la temporada. Tendría el joven que aguardar al año siguiente. Suponer que la Empresa y los señores cómicos hicieran caso a un autor primerizo y le permitieran leer su obra, equivaldría a declarar posible coger con las manos la luna.

Desesperado, dudando de sí propio, dejaba caer Tomás la cabeza en la falda de doña Dolores.

La anciana, más valiente, más hecha que el hijo a la decepción y el dolor, llevaba consuelos a su espíritu. ¿Iba a rendirse con el primer tropiezo? ¿Tan falto de valor se encontraba? ¿Tan poco fiaba en sus arrestos juveniles? El mundo es muy ancho. La victoria no llega sin combate. Quien tiene constancia, quien no pierde la fe, triunfa más tarde o más temprano. Una escaramuza infeliz no es batalla perdida. Adelante, a restañar la sangre, a seguir peleando. ¿Que el periódico había muerto? Otro vendría a los alcances de su pluma. En tanto, a trabajar sin desmayos de ninguna índole, a esperar en la representación de su drama.

«Era su deber de hombre erguir la frente ante el

peligro y dar el pecho a la desgracia. En las batallas decisivas — como decía el padre muerto —, soldado que cae y no cae redondo, debe alzarse y seguir la brega. No era mortal la herida del joven. A ponerse en pie, a dar la cara al enemigo. Por de pronto — añadió sonriendo —, a la cama. Son las cuatro y tus nervios necesitan reposo. Te llevaré, si no en brazos como cuando eras niño, cogido del brazo. En su apoyo aguarda mi vejez. Siquiera por eso no lo rindas.»

No eran las diez de la mañana cuando, por ausencia de doña Dolores, entró la criada en la habitación de Tomás.

— ¡Señorito! — gritó, sacudiendo reciamente al poeta —. ¡Señorito! ¡Despierte! El recaó trae mucha prisa.

— ¿Qué es ello? — balbució Tomás, incorporándose y restregándose los ojos.

— Un mozo del café de ahí enfrente que sube de parte de su amigo don Alejandro Nava a decir que baje usted corriendo al café, donde le espera ese señor.

— ¿Por qué no ha subido?

— Dice el mozo que don Alejandro está con otro que el señorito no conoce...

— Bueno; ya bajo. ¿Qué será? — añadió mientras abría la ventana —. ¿A qué hacer calendarios? Ellos me lo dirán.

No fué a Nava, fué a Encarnación a quien halló Tomás esperándole en el café.

— ¡Tú! — exclamó, palideciendo más que ella aún y ella estaba lívida.

— Yo, Tomás. No te asustes. No vengo a mendi-

garte una limosna de cariño. Tampoco voy a darte un escándalo.

— Encarnación...

— No te sientes; podrían vernos juntos. A la vuelta de la calle está aguardando un coche. Metámonos en él. Nos llevará ande sea, lejos; allí hablaremos apartaos de la gente. Es menester que hablemos; si no fuera menester no hubiese yenido en tu busca. Es la última vez que te molesto. Bien pués hacer un sacrificio.

— No es sacrificio; yo...

— Lo es, Tomás, lo es. ¿A qué fingir entre nosotros? Vamos, que yo no tengo mucho tiempo.

Seguida de Tomás entró en el coche, dando al cochero orden de llevarles a la Moncloa. Después, recogiéndose contra un ángulo del carruaje, procurando que su cuerpo no tocara al del joven, cerró los ojos y se arrebujó en el mantón.

— Oye — dijo Tomás queriéndola coger por una de las manos.

— ¡Suelta! No me hables tampoco; no quiero que hablemos hasta llegar bajo aquellos árboles que nos vieron juntos en las mañanitas de abril. Un capricho. Sabes que soy muy caprichosa.

Poniendo la frente sobre las palmas de las manos, obedeció Tomás el ruego de la triste mujer. ¿A qué vendría? ¿Qué causas motivaban una conversación entre ellos, lejos de la gente, en los boscajes que presenciaron la loca expansión de sus amores?... ¿Llevaría Encarnación propósitos reconciliatorios?... De ir

con tales propósitos lo hubiera manifestado sin titubeo alguno. Otra era la causa. ¿Cuál? En vano procuraba inquirirlo.

No por reconcentrar sus ideas, porque sentía vergüenza de alzar el rostro hacia su antigua amante, conservó durante el camino la misma postura que adoptara a poco de emprenderlo.

Aprovechándose de tal postura, Encarnación contempló a Tomás de reojo al principio; luego, cerciorada de su ensimismamiento, soltó el embozo del mantón, echó hacia atrás el pañuelo de seda y puso sus pupilas adoloridas en aquel hombre que fué suyo.

La caricia con que los ojos de Encarnación envolvían al hombre era algo así como un beso sin término y un adiós sin vuelta, todo junto; el hambre de poseerle unido a la decisión de huirle. De ahí que cuanto más adentro de su amante se metía Encarnación con el alma en los ojos, más apartaba de él su cuerpo, más se embutía contra el ángulo del carruaje, más se esforzaba en contraerse, en hacerse invisible; dijérase que quería desaparecer, borrar su carne en el gris de la gutapercha, dejando el espíritu libre, flotante, envuelto en la lluvia de luz rosácea que metía el sol por las juntas de los vidrios...